

En toda España. . . 1'50 ptas. al mes
Extranjero. . . . 30'00 " al año
Número atrasado, 10 céntimos
Número suelto, 5 céntimos

EL BIEN PÚBLICO

Redacción y Administración Plaza del
Príncipe, 11 y Rampa de la Abundancia, 16, teléfonos 20 y 84.
Dirección telegráfica: BIEN - MADRID

Fundado en 1.º de marzo de 1873. — (Segunda época)

Año XXV.

Madrid, Viernes 13 de julio de 1917

Núm. 13,279.

A los periódicos

POR DIGNIDAD

Somos respetuosos con el Poder constituido; no podemos serlo con el abuso sistemático. Rebasamos ya los límites de la prudencia lo que estamos sufriendo, y lo sufrimos con gusto si ello redundase en bien del país; pero el decoro nos veda una sumisión que se traduce en "postura" para unos cuantos caballeros y en descarada vergonzosa y maloliente explotación para otros cuantos vividores, que hasta en la crítica hora presente son incapaces de prescindir del negocio, del chanchullo y de la burda habilidad política.

Siendo con la Prensa nos parece intolerable. El público no puede sospechar lo que estamos viendo entre bastidores; más como algún día ha de saberse, queremos consignar aquí nuestra protesta y decir que estamos decididos a no aguantar más. A quien ha dicho, intentando ofendernos, sin lograrlo, que nuestro propósito era que nos suspendiesen el periódico. No aspiramos a eso, porque es una estupidez. Lo que hacemos es no sumarnos a los que quieren aguantar pisotones, reflejo de las punteras que están recibiendo determinados personajes, que tienen ya en su cuerpo las huellas de toda clase de botas.

Callaríamos si creyéramos que el silencio es patriótico y que es esa la parte de sacrificio que en la obra de todos nos corresponde; callaríamos si estuviéramos ante un Gobierno que luchara por dignificar el Poder público, por mantener el principio de autoridad, por erigirse en protector de las clases de orden y en firme sostén de la disciplina social, pero no nos resignamos a que se nos sellen los labios y se nos secuestre la pluma para que los Lerroux y similares puedan seguir haciendo sus negocios y el señor Dato continúe sus partidas de tresillo. Contra eso nos rebelamos con indignación, porque, muy modestos y nada factanciosos, no hemos nacido para soportar un día y otro la dominación de valientes de zarzuela, que se ensañan con los niños, con las mujeres y con los maniatados a la hora misma en que reciben punteras por todas partes.

Este Gobierno ha puesto coto a la expresión de las ideas. El taparrabos de este acuerdo lo funda en las circunstancias graves por que atraviesa España, y sin embargo, dos o tres veces al día se dice oficialmente a los periodistas que nada ocurre, que reina tranquilidad en provincias y que marcha viento en popa nuestra política internacional. El enigma sigue sin tener explicación lógica. Los días pasan, la censura aprieta, el Gobierno sesteá, las subsistencias se encarecen y, no obstante, la protesta de la Prensa por tales medidas de rigor no aparece por parte alguna. Somos cómplices de la tiranía gubernamental, que se complace en hacer pajaritas de la libertad, del derecho y hasta de los buenos deseos de los escritores y publicistas. La lista vitanda es precisamente la que debiera tratarse en estos momentos en que se aproxima la universal liquidación.

La Prensa y el Gobierno

conservación, al menos, iba a cortar por lo sano, dando de lado a tantas corruptelas, a vicios tan arraigados y a procedimientos peligrosos. Estas esperanzas fueron flor de un día, de horas, tal vez. Los señores Dato y Sánchez Guerra creyeron que el mejor medio de evitar censuras, suprimir campañas y ahorrarse disgustos, era la suspensión de las garantías, y así lo acordaron, a pesar de no ocurrir nada, de no existir ni síntomas de revuelta. Y aún más: ordenaron que la censura fuese más rigorista que nunca. Sólo nos deja el Gobierno esa pilastra del partido liberal para que ensayemos en ella el bisturí de la crítica y del comentario. La defensa del honor nacional, puesto en tela de juicio por periódicos extranjeros, franceses principalmente, es objeto de las iras del censor. Ayer mismo se lamentaba el señor Dato del injusto proceder de parte de la Prensa extranjera, prueba palpable de que existen tales ataques; pero quedamos indefensos, porque es ahora campo vedado al periodista español el ocuparse de tan fútiles menesteres. Los toros, don Nilo y los liberales, son los temas que nos brinda el empalagoso Gobierno Dato y Sánchez Guerra para que emborronemos cuartillas y agravemos el problema del papel.

¿Cuántos submarinos tiene Alemania?

La «Revista General de Marina» ha publicado curiosos datos sobre el particular tomados de la prensa norteamericana y suministrados por un alto funcionario yanqui, que ha residido en Alemania hasta el mes de marzo último. Según estos informes, Alemania posee en dicho mes unos 300 submarinos, de 300 a 1 500 toneladas; la producción máxima alemana de esa clase de buques de guerra es de diez mensuales, y, según todas las probabilidades, hay en crucero corriente unos sesenta que, al regresar a sus bases, son substituidos por igual número de unidades. Hace notar dicha revista que este número no concuerda con la construcción indicada, ya que, dados los submarinos alemanes existentes al romperse las hostilidades y las pérdidas que habrá debido experimentar la flota por inutilización, naufragio, destrucción o captura, el número resulta menor, o mayor la construcción que se supone. «La Nature» ha hecho otro cálculo, partiendo de la base de las noticias del Almirantazgo inglés, según las cuales los Imperios centrales tenían, al comenzar la guerra, 33 submarinos en servicio, tres en ensayo y 16 en los astilleros; en total, 52 unidades, de las cuales sólo ocho eran de gran radio de acción. Empero, los astilleros para la construcción de submarinos se han multiplicado desde entonces en Alemania. Sólo contaba con los de K el y Dantzig; más poco después fueron habilitándose otros, como los de Vulcan, en Stettin; los de Blohm y Voos, en Hamburgo; los de Weser, en Bremen y otros, sin contar con los particulares y los de Austria. Al mismo tiempo se reducía la duración de la construcción; el ingeniero italiano D'Adda visitó los astilleros alemanes en 1914, informando que se construían entonces ocho submarinos por trimestre. El mismo ingeniero afirma que durante el año de 1916 Alemania tenía construidos 180 submarinos, suponiendo que, a partir de esta fecha, se construyeron dos por semana, y concluyendo que, a primeros de febrero último, había 250, que, unidos a los 25 de Austria, constituyen una flota de 275 unidades.

Cree D'Adda que cien de esos submarinos han quedado fuera de combate por distintas causas, calculando que las unidades que actualmente sostienen la ofensiva submarina son unas 180, cifra que, según dice, se aproxima a la de 200, que suponen los que se creen muy enterados y no dista mucho de la de 220, cuyo señalamiento se atribuye al príncipe de Bü w.

El socialismo en la antigüedad

«El destino de las democracias modernas — escribe Laveley — está escrito de antemano en la historia de las democracias antiguas. La lucha entre ricos y pobres las ha perdido, como nos perderá a nosotros, si no tenemos cuidado. En la antigua Grecia también se concedieron iguales derechos a todos los ciudadanos; pero sus legisladores reconocieron aquella verdad fundamental, repetida por Aristóteles: «la libertad y la democracia no pueden subsistir sin la igualdad de condiciones». Para mantener esa igualdad de condiciones, apelábase a toda clase de expedientes: prohibición de enajenar patrimonios, limitación del derecho de suceder, propiedad colectiva de los bosques y pastos, banquetes públicos, donde todos los ciudadanos tenían derecho de ser comensales, y otros análogos. Más, como estas precauciones no impedían el progreso de la desigualdad comenzó la lucha social, colocándose frente a frente dos clases tan separadas en sus intereses como dos pueblos rivales. Exactamente lo mismo que en nuestros días. Son de meditar estas palabras de Platón: «Cada Estado griego no es uno solo. Contiene a lo menos dos: uno compuesto de ricos y otro de pobres.» Los pobres, gozando de derechos políticos, quisieron servirse de ellos para establecer la igualdad social. Ya se hacían pesar los impuestos públicos sobre los ricos; ya se les confiscaban los bienes a éstos, condenándoseles al destierro o a la pena capital. A menudo se abolían las deudas y hasta se llegó al reparto de los bienes raíces. Naturalmente, los ricos se defendían por todos los medios, incluso por las armas. De ahí perturbaciones y guerras sociales constantes. Polibio las sintetiza, diciendo: «En toda guerra civil no se trata más que de un cambio de fortunas.» Fastel de Couffanges escribe: «Las ciudades griegas fluctaban siempre entre dos revoluciones: la que despojaba a los ricos y la que les reintegraba en la posesión de sus bienes.» Roma presenta el mismo cuadro. Desde el principio de su república, las dos clases, plebe y aristocracia, están en lucha. La plebe va adquiriendo derechos políticos; pero va siendo despojada de la propiedad. Al mismo tiempo en que se establece la igualdad de derechos, se extrema la desigualdad de condiciones. Licinio, Stolon, los Gracos y otros tribunos de la plebe se esfuerzan por medio de leyes agrarias, en restablecer la igualdad y proponen la repartición del ager publicus; vana tentativa. De un lado se extiende la gran propiedad; del otro, la esclavitud. El proletariado desheredado ocupa el lugar de los ciudadanos, pequeños propietarios que eran el nervio de la república. Ya no hay pueblo romano: sólo hay ricos y pobres, que se odian y combaten. Por fin, de la hostilidad de clases surge el despotismo. En Roma, como en Grecia, la desigualdad, después de haber matado la libertad, ha perdido al Estado. Los antiguos no pudieron, o no supieron, resolver el antiguo problema, y los modernos lo tenemos planteado en todas partes y en situación más crítica, porque entre aquellos los es-

clavos no tomaban generalmente parte en las luchas sociales, y las disputas entre pobres y ricos no suspendían la producción de la riqueza; mientras que, entre nosotros, son los mismos trabajadores quienes bajan a la arena, y es en el campo de la producción donde se libra la batalla. Y esta batalla no puede prolongarse sin traer la miseria y la desorganización de la sociedad moderna. La sociedad antigua no reconocía a todos los hombres los mismos derechos, porque no admitía su igualdad natural. El hombre nacía libre o esclavo, y los esclavos no eran personas, sino cosas. Las cosas no pueden reclamar derechos ni propiedad. El problema social quedaba así muy simplificado. Empero, hoy la igualdad de los hombres es un dogma: la esclavitud está abolida en todos los pueblos civilizados. Pues, si entonces no llegó a conseguirse la coexistencia de las instituciones democráticas y la desigualdad de condiciones sociales, ¿cómo vamos a conseguirla ahora? O la igualdad se establecerá, o las instituciones libres desaparecerán. Antes de la guerra, venían de América, Rusia, Rumanía y Austria; pero, después de la guerra, ya no se reciben sino de América y el nuevo estado de cosas disminuirá seguramente los envíos. Las necesidades aumentan, y disminuyen los medios de satisfacerlas. De Francia dicen que hay comerciantes que tenían hechos pedidos de cinco, diez y veinte mil barriles y no les ha llegado ninguno. «Si este aprovisionamiento no se asegura prontamente — dice un diario francés — ¿cómo mantener la actividad de las máquinas, los buques de guerra y mercantes, los ferrocarriles, las industrias privadas, las fábricas y talleres?» En la nación vecina se han tomado varias medidas y entre ellas la substitución de las grasas por otras materias, hoy sin empleo. En Saona y Loira hay, según parece, en la meseta central esquistos que podrían suministrar aceites de hidrocarburos. Algunos ingenieros han propuesto varios sistemas y distintos aparatos muy perfeccionados para la destilación del lignito, desechos de madera y muy particularmente la turba, que existe en Francia en gran cantidad. El tratamiento de tales combustibles pobres dejaría subproductos útiles y cck para la calefacción. El señor Chapal, de la Escuela Nacional de Agricultura, saca a colación sus indicaciones de 1907 sobre la destilación seca de los sarmientos. En un país donde la viticultura tiene tanta importancia, se podría suministrar ese nuevo recurso, mejorando la situación de la industria. La carbonización de los sarmientos en vasos cerrados suministra el alcohol de arder, tan caro en los actuales momentos; ácido acético, alquitranes, carbón vegetal y gas de madera, superior al de hulla. Además, los sarmientos pueden servir para fabricar buen papel. Los turids, procedentes de la compresión de las semillas oleaginosas y vendidos a los agricultores para la alimentación del ganado, contienen todavía buena cantidad de aceite. Si, al salir de la prensa hidráulica, se los tratase con bencina o sulfuro de carbono, darían más de un 10 por 100 de aceite de excelente calidad para la jabonería, pintura y engrase de maquinaria. No por esto dejarían de servir para alimento del ganado o ahono para las tierras. El diario de cuyas columnas tomamos estas noticias da por descontado que los alemanes, acosados por el bloqueo, habrán utilizado seguramente éste y otros muchos procedimientos para remediar su situación, y lamenta que Francia, confiando demasiado en el dominio de los mares, que conservan los aliados, y en el socorrido medio de los empréstitos, no eche mano de tales recursos, a que al fi-

habrá que acudir, y prefiere comprarlo todo. «Mientras que van a hacernos falta — escribe — los aceites minerales, se va aumentando el consumo del aceite para la iluminación, con las restricciones impuestas al alumbrado por gas y la prohibición del alumbrado por acetileno. El acetileno es un producto doblemente nacional, hallado por franceses, y crecido en cantidades ilimitadas por los saltos de agua y los calcaeos de nuestras montañas: se necesita la corriente eléctrica, que nada cuesta; la cal, que abunda, y el cok en débil proporción para agravar la crisis de los combustibles. ¡En cuántos casos los aceites minerales empleados para el alumbrado podrían quedar liberados y devueltos a los usos industriales por la substitución del acetileno! Y ¿cuántos millones quedarían en Francia? La verdad es que en todas partes las cosas se van poniendo de un modo que parece imposible la prolongación del conflicto desatado sobre Europa, sin que se resuelva, a no tardar, de un modo u de otro. Si duda por esto flota en el ambiente, si no la paloma con el deseado ramo de olivo, la creencia universal de la terminación de la guerra en el presente año, por más que no se vea todavía claro el cómo y por dónde ha de venir. Es una especie de presentimiento que puede resultar con honores la adivinación, al que se inclinan cuasi todos los ánimos, pues, de lo contrario, ésta sería el finis Europae, hoy considerado imposible, o por lo menos increíble. Economía de combustible en la cocina Sorprende lo que resulta en la cocción de legumbres, verduras, cocido, etc., con el sencillo procedimiento que vamos a describir. Todo el material extraordinario que se requiere consiste en una caja de madera, que puede hacerse con cualquier embalaje, que tenga aproximadamente algo más de dos palmos en todos sentidos, y unos cuatro kilogramos de serrín de corcho, cuyo coste no excede de una peseta. Y ya no hace falta nada más. Supongamos que se trata de cocinar la acostumbrada «escudella» de las familias obreras y de la clase media. Sencillamente, antes de las siete de la mañana, o ya la víspera del día anterior se pondrá carne, patatas, legumbres y todo cuanto haya de constituir el caldo, excepto el arroz o las pastas, en una olla ordinaria que se colocará en fogón u hornillo de gas hasta que hierva. Se dejará cocer todo tan solo durante un cuarto de hora y se retirará del fuego para meter la olla dentro de la caja, bien rodeada de serrín, tapando antes con una servilleta puesta encima de la cobertura, que conviene ajuste bien a fin de que no penetre serrín ni polvo dentro de la olla. Este recipiente ha de quedar enterrado dentro de la masa de serrín que ha de rodearlo por todos lados y debe ser apretado ligeramente con las manos. Y nada más. A mediodía podrá ser retirada la olla del serrín y la madre de familia, que habrá podido acudir a sus ocupaciones o al taller durante toda la mañana, encontrará el caldo caliente y podrá completar su tarea poniéndola otra vez en el fogón u hornillo para cocer el arroz o las pastas. Habrá ahorrado un par de horas de combustible y los cuidados consiguientes, pues en ningún caso se echa a perder lo cocido por exceso de tiempo.

